



VII

EL TESTAMENTO.—LA DEVOCION  
AL CORAZON DE JESUS





VII

**A**N día me pidió mi soberano Sacrificador que hiciese en favor suyo por escrito un testamento ó donacion entera y sin reserva, como lo habia hecho ya de palabra, de todo cuanto pudiera hacer y sufrir, y de todas las oraciones y bienes espirituales, que se me aplicaran ya durante mi vida, ya despues de mi muerte. Me hizo preguntarse á mi Superiora, si queria hacer de notario en este acto, que Él se encar-



gaba de pagárselo muy bien, y que, si esta se negaba, me dirigiera á su servidor el P. La Colombière; pero aceptó mi Superiora. Al presentárselo á este único amor de mi alma, me significó su gran contento, y me dijo que lo había ordenado, porque quería disponer de aquello segun sus designios, y en favor de quien le agradase; mas que, pues su amor me había despojado de todo, no quería tuviese otras riquezas, sino las de su Corazon Sagrado.

En el instante mismo me hizo de ellas donacion, mandándome escribirla con mi sangre y segun su dictado. La firmé despues sobre mi corazon, inscribiendo en él con un cortaplumas su sagrado nombre de Jesus. Hecho esto, me dijo que cuidaria de recompensar con el céntuplo el bien, que me hicieran, como si á Él mismo lo hiciesen, ya que nada tenia yo que pretender por ello; y que quería dar á quien había escrito el testamento en su favor, la misma recom-

pensa que á Santa Clara de Montefalco, y para esto uniría á las acciones de aquella los méritos infinitos de las suyas, y le haria por el amor de su Sagrado Corazon merecer la misma corona. Lo cual fué para mí una consolacion grande, pues la amaba mucho, porque nutria abundantemente mi alma con el delicioso pan de la mortificacion y humillacion, tan agradable al gusto de mi Soberano Maestro, que por darle este placer hubiera deseado se confabulase para mi humillacion todo el mundo. Dios tambien me concedia el favor de que jamás me faltara, pasando mi vida entera con sufrimientos en el cuerpo, ya por mis frecuentes enfermedades, ya por un continuo malestar.

Ademas sufría mi espíritu abandonos, descaecimientos y la vista de las ofensas de Dios, el cual por su misericordia me sostenia siempre, ora entre las persecuciones, contrariedades y humillaciones, que me venian de las cria-



turas, ora entre las tentaciones suscitadas por el demonio, que me ha perseguido y atormentado mucho, y aún por mí misma, que he sido el más cruel adversario que me he visto precisada á combatir y el más difícil de vencer. En medio de cuanto acabo de referir, jamás dejaron de darme toda la ocupacion y trabajo exterior que podria sobrellevar; y no era pequeño tormento para mí, el creer que todos me miraban con horror, y que sufrían mucho conmigo, pues tenia yo mucho que hacer para soportarme. Todo esto me causaba una pena continua en el trato con los prójimos, y no tenia otro recurso, ni remedio, sino el amor á mi propia abyeccion, en la cual permanecia abismada con gran motivo, pues todo, aún las menores acciones, se me convertia en humillacion. Me miraban como una visionaria infatuada con sus ilusiones é imaginaciones, y entre tanto no me era permitido buscar alivio,

ni consuelo en mis penas, pues me lo prohibia mi divino Maestro. Quería que todo lo sufriese en silencio, haciéndome tomar esta divisa:

«Sufrir todo sin queja es mi querer,  
»Mi puro amor impídeme el temer.»

Quería que lo esperase todo de Él, y si me acontecia desear el procurarme algun consuelo, por todo alivio hacia que no encontrara sino desolacion y nuevos tormentos, lo cual he mirado siempre como una de las mayores gracias, que Dios me ha hecho, juntamente con la de no quitarme el tesoro de la cruz, no obstante el mal uso, que de él he hecho siempre volviéndome indigna de un bien tan excelente, por lo cual desearia derretirme de amor, reconocimiento y accion de gracias hacia mi Libertador. Entre tales sentimientos y en medio de las delicias de la cruz, era cuando le decia: «¿Qué devolveré al Señor por los grandes beneficios que me ha hecho? ¡Oh Dios



»mio! qué grande es vuestra bondad  
 »para conmigo, pues habeis tenido á  
 »bien hacerme comer en la mesa de los  
 »santos y de los mismos manjares, con  
 »que los sustentais: nutriéndome con  
 »abundancia con los alimentos delicio-  
 »sos de vuestros favorecidos y amigos  
 »más fieles, á mí que no soy, sino una  
 »indigna y miserable pecadora.»

«Bien sabeis ademas que sin el san-  
 to Sacramento y la cruz no podria vi-  
 vir y soportar mi largo destierro en  
 este valle de lágrimas.» Deseaba que  
 jamás disminuyesen en él mis sufrimien-  
 tos; pues cuanto más rendido esta-  
 ba por ellos mi cuerpo, tanto más gozo  
 tenia mi espíritu y libertad para ocu-  
 parse en su union con mi Jesus pacien-  
 te, no teniendo más ardiente deseo que  
 el de llegar á ser una verdadera y per-  
 fecta copia y representacion de Jesus  
 crucificado. Regocijábame cuando su  
 soberana bondad empleaba multitud  
 de obreros para trabajar á su gusto en

el cumplimiento de esta obra. Mas este  
 Soberano no se separaba de su indigna  
 víctima, cuya debilidad é impotencia  
 para todo lo bueno tenia bien conoci-  
 da, y me decia alguna vez: «Te honro  
 »mucho, mi querida hija, en servirme  
 »de instrumentos tan nobles para cru-  
 »cificarte. Mi Eterno Padre me entregó  
 »en manos de crueles y desapiadados  
 »verdugos para crucificarme, y yo para  
 »crucificarte me sirvo de personas de-  
 »dicadas y consagradas á mi servicio,  
 »á cuyo poder te he entregado, y por  
 »cuya salvacion quiero que ofrezcas  
 »cuanto te han de hacer sufrir.» Lo  
 hacia con todo mi corazon, ofreciéndome  
 á soportar siempre todo el rigor  
 del castigo merecido por la ofensa de  
 Dios, que pudiera haber en su conduc-  
 ta conmigo; aunque, á la verdad, no  
 me parecia que se pudiera cometer  
 injusticia alguna haciéndome padecer,  
 no pudiendo hacerlo tanto, cuanto yo  
 merezco. Mas confieso que me deleita



tanto hablar de la felicidad de sufrir, que escribiría volúmenes sobre esta materia sin poder contentar mi deseo, y mi amor propio encuentra no poca satisfacción en esta clase de discursos.

En una ocasión me manifestó mi Soberano que quería llevarme á la soledad, no á la de un desierto como la suya, sino á la de su Sagrado Corazón, donde quería honrarme con su trato más familiar, cual lo hace un amante con su amada, darme allí nuevas instrucciones sobre su voluntad, y hacerme recobrar nuevas fuerzas para cumplirla combatiendo valerosamente hasta la muerte; pues tenía que sostener el ataque de muchos enemigos poderosos. Por esta causa me insinuaba que, para honrar su ayuno en el desierto, debía ayunar á pan y agua cincuenta días. Mas no habiendo querido permítmelo la obediencia por temor á la singularidad, me dió á conocer que le

sería igualmente agradable, si pasaba cincuenta días sin beber, en honra de la sed ardiente de la salud de los hombres, que había tenido siempre su Corazón y de la que Él había sufrido en el árbol de la cruz. Me fué concedido hacer esta penitencia, y me pareció ser más dura que la anterior, á causa del ardor excesivo de que estaba continuamente atormentada, por el cual hubiera necesitado beber con frecuencia grandes tazas de agua para refrescarme.

Sufrí durante este tiempo frecuentes asaltos del demonio, el cual me tentaba especialmente de desesperación, significándome que no debía pretender parte alguna en el Paraíso una criatura tan perversa como yo, pues no la tenía en el amor de Dios, del que sería privada por una eternidad; lo cual me hacía verter torrentes de lágrimas. Otras veces me atacaba por la vanagloria y después por la tentación abominable



de la gula. Me hacia sentir hambres espantosas, y luego me traia representaciones de todo cuanto era capaz de contentar el gusto, y esto en tiempo de mis ejercicios espirituales, causándome un tormento extraordinario. Me duraba el hambre, hasta que entraba en el refectorio para tomar mi refeccion; allí sentia súbitamente tan grande inapetencia, que necesitaba hacerme no poca violencia para tomar un poco de alimento, y apénas me levantaba de la mesa, tornaba á comenzar el hambre con más violencia que ántes.

Mi Superiora, á quien nada ocultaba de cuanto me sucedia por el temor grande, que siempre he tenido, de ser engañada, me ordenó ir á pedirle permiso para comer cuando me sintiese más apretada por el hambre. Lo hacia así; pero con extrema violencia por la grande confusion, que experimentaba, y ella, en lugar de enviarme á comer, me mortificaba y humillaba poderosa-

mente en lo mismo, diciéndome que guardase mi hambre para satisfacerla cuando fueran las otras al refectorio. Despues yo permanecia en calma con mis sufrimientos. No me dejaron terminar por esta vez la penitencia en la bebida; pero despues que la interrumpí por obedecer, me obligaron á comenzarla de nuevo, y pasé sin beber los cincuenta dias, y asimismo pasaba luego los viérnes. Siempre quedaba igualmente contenta, ya me concedieran, ya me negaran lo que pedia. Con obedecer estaba satisfecha.

No cesaba mi perseguidor de atacarme por todos lados, excepto por la impureza, en la cual le habia prohibido tentarme mi divino Maestro. En una ocasion, sin embargo, me hizo sufrir penas terribles; he aquí cómo. Me dijo mi Superiora: «Id á ocupar el puesto »de nuestro rey delante del Santísimo »Sacramento.» Estando allí, me sentí tan fuertemente atacada de abomina-



bles tentaciones de impureza, que me parecía estar en el infierno. Sostuve este penoso ataque varias horas seguidas, y me duró hasta que me levantó aquella obediencia mi Superiora diciéndome que ya no volvería á representar la persona de nuestro Rey delante del Santísimo Sacramento, sino la de una buena religiosa de la Visitación. Inmediatamente cesaron mis penas en esta materia, y me encontré anegada en un diluvio de consolaciones, en las cuales me instruyó mi Soberano en cuanto deseaba de mí.

Quería que estuviese en un continuo acto de sacrificio, y para esto me dijo que aumentaría mi sensibilidad y repugnancia de tal suerte, que no haría cosa alguna sino con pena y violencia, á fin de darme materia de triunfo aún en las cosas más pequeñas é indiferentes. Puedo asegurar haberlo siempre experimentado así desde este día. Añadió además que no habría para mí dul-

zura alguna sino en las amarguras del Calvario, y que me haría encontrar un martirio de sufrimiento en todo cuanto podía constituir el gozo, el placer y la felicidad temporal de los otros. Así me lo hizo experimentar de un modo muy sensible, pues cuanto puede llamarse placer se me convertía en suplicio. Porque aún en esas ligeras recreaciones, que alguna vez se nos conceden, sufría más que si estuviera con el ardor de la más violenta fiebre, y quiso, sin embargo, que procediera en todo como las demás. Esto me hacía exclamar: «Soberano bien mio, qué caro se me vende este placer.»

El refectorio y el lecho me causaban tal pena, que la sola aproximación de la hora me obligaba á gemir y llorar. Mas los empleos y el locutorio me eran de todo punto insoportables, y jamás, que yo recuerde, fuí allí sin repugnancias, que no podía vencer sino con una violencia tal, que muchas veces me



obligaba á caer de rodillas para pedir á Dios la fuerza necesaria para vencerme. No me era ménos penoso el escribir, no tanto porque lo hacia de rodillas, cuanto por la pena interior que me causaba el hacerlo. La estima, las alabanzas y los aplausos me hacian sufrir más que todas las humillaciones, desprecios y afrentas á las personas más vanas y deseosas de los honores. En estas ocasiones me veia forzada á decir: «Dios mio, armad contra mí todos los furores del infierno, los prefiere á las lenguas de las criaturas armadas de vanas alabanzas, lisonjas y aplausos: vengan más bien á caer sobre mí todas las humillaciones, dolores, confusiones y contradicciones.»

Me inspiraba una sed de ellas insaciable, aunque me las hacia sentir en ocasiones con tal viveza, que no podia contenerme sin dar señales exteriores, siendo para mí insoportable el verme tan poco humillada y mortificada, que

no pudiese sufrir sin que de ello se apercibiesen. Todo mi consuelo era recurrir al amor de mi abyeccion, el cual me movia á dar gracias á mi Soberano, por hacerme aparecer tal como era, á fin de anonadarme en la estimacion de las criaturas. Quería ademas que recibiese, como venidas de su mano, todas las cosas, sin buscar ninguna; y así debia abandonar todo sin disponer de nada; darle gracias lo mismo por los sufrimientos que por los goces; pensar en las ocasiones más dolorosas y humillantes, que era merecedora de todo aquello y aún de mucho más; ofrecer mis penas por las personas, que me causaban la afliccion; hablar siempre de Él con gran respeto, del prójimo con grande estima y compasion, y nunca de mí misma, ó brevemente, ó con desprecio, á no ser cuando para su gloria me hiciera obrar de otro modo; atribuir todo el bien y la gloria á su soberana grandeza, y á mí todo lo malo; no



buscar consolacion alguna fuera de Él, y áun debía, cuando me diera las consolaciones, sacrificarlas renunciando á ellas; no apegarme á nada; estar vacía y despojada de todo; no amar nada sino á Él, en Él y por Él; no mirar en todas las cosas más que á Él, y los intereses de su gloria con un olvido completo de mí misma.

Y aunque debía hacer por Él todos mis actos, queria que en cada uno de ellos hubiera siempre algo directamente para su divino Corazon. Por ejemplo, cuando estaba en recreo, era preciso darle el suyo con los dolores, humillaciones, mortificaciones y otras cosas, las cuales Él tendria cuidado de que no me faltasen, y yo debía por este motivo recibirlas con placer; lo mismo en el refectorio, queria que le sacrificase cuanto me parecia mejor, y así en los demás ejercicios. Me prohibia además el juzgar, acusar y condenar á nadie sino á mí misma. Me enseñó

otras muchas cosas, y como me admirase de su muchedumbre, me dijo que no debía abrigar ningun temor, pues Él era un buen maestro, tan poderoso para hacer ejecutar lo que enseñaba, como sabio para enseñar y dirigir con acierto. Tambien puedo asegurar que de buen grado, ó contra las repugnancias naturales, me obligaba á practicar cuanto queria.

Estando una vez en presencia del Santísimo Sacramento, un día de su octava, recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y sintiéndome movida del deseo de corresponderle en algo y rendirle amor por amor, me dijo: «No puedes darme mayor prueba, que la de hacer lo que ya tantas veces te he pedido.» Entónces descubriendo su divino Corazon: «He ahí este Corazon, que ha amado tanto á los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en reconocimiento no recibo



»de la mayor parte sino ingratitude,  
»ya por sus irreverencias y sus sacrile-  
»gios, ya por la frialdad y desprecio  
»con que me tratan en este Sacramen-  
»to de amor. Pero lo que me es aún  
»mucho más sensible, es que son cora-  
»zones, que me están consagrados, los  
»que así me tratan. Por esto te pido  
»que sea dedicado el primer viénes,  
»después de la octava del Santísimo  
»Sacramento, á una fiesta particular  
»para honrar mi Corazon, comulgando  
»ese día y reparando su honor por  
»medio de un respetuoso ofrecimiento,  
»á fin de expiar las injurias, que ha re-  
»cibido durante el tiempo que ha esta-  
»do expuesto en los altares. Te pro-  
»meto también que mi Corazon se di-  
»lata para derramar con abundancia  
»las influencias de su divino amor so-  
»bre los que le rindan este honor, y los  
»que procuren que le sea tributado.»

Y respondiendo que no sabía cómo poder cumplir cuanto de mí deseaba

hacia tanto tiempo, me ordenó dirigirme á su servidor, pues me le había enviado para el cumplimiento de este designio. Habiéndolo hecho así, este me mandó escribir cuanto le había dicho en orden al Sagrado Corazon de Jesus y otras varias cosas, que con él se relacionaban, para la gloria de Dios, el cual hizo que hallase suma consolacion en este santo varon, ya porque me enseñó á corresponder á sus designios, ya porque me tranquilizó en medio de los grandes temores de ser engañada, que me hacian gemir sin cesar. Al sacarle el Señor de este pueblo para emplearle en la conversion de los infieles, recibí el golpe con entera sumision en la voluntad de aquel Dios, que tanta utilidad me había proporcionado por su medio durante el corto tiempo, que aquí estuvo. Y una vez que quise solamente reflexionar sobre esto, me dió inmediatamente esta reprehension: «¿Y qué, no te basto yo, que soy



»tu principio y tu fin?» No me fué menester más para abandonárselo todo, pues estaba segura de que tendría cuidado de proveerme de cuanto había de necesitar.



## VIII

PRIMEROS HONORES TRIBUTADOS  
AL SAGRADO CORAZON.—SUFRIMIENTOS  
Y FAVORES